

Gonzalo Portocarrero

Dado que tanto Nelson Manrique como Narda Henríquez han expuesto el tema de la regionalización en la obra de Alberto Flores Galindo, yo quisiera concentrarme en el contexto en que se sitúa esta problemática. Ensayar una visión más general tratando luego, hacia el final de mi exposición de caracterizar el enfoque con el que aborda el problema regional.

Para mí Tito Flores sigue siendo una figura enigmática. Entre las cosas que no me acabo de explicar quisiera subrayar dos. La primera es la calidad y la extensión de su obra, hecha en tan poco tiempo. Siete libros, muchos artículos, tesis asesoradas, discípulos y una organización como SUR. Todo esto en poco tiempo, unos quince, quizá veinte años. Otro hecho que me parece realmente difícil de explicar es que en un país de tan pocas solidaridades él haya sido una persona tan querida, que pudo concitar tanta simpatía que, por ejemplo, se manifiesta en el torrente de artículos sobre él en los días posteriores a su fallecimiento y también en que este evento se llame Alberto Flores Galindo. Se trata de dos fenómenos que me parecen desafiantes para explicar. El primero es, decía, la extensión y la calidad de su obra. Tito desarrolló una actividad múltiple, en varios campos. Quizá lo más definitivo es su labor de historiador, nos deja textos fundamentales para entender el país. Todos de una alta calidad. Pero no

sólo es historiador, es también maestro, formador de jóvenes a través de su docencia en la Universidad Católica y de múltiples actividades para-académicas: Mesas redondas, conferencias. También la participación en una serie de consejos editoriales. Por último, otra faceta de su actividad fue la de organizador, quizá fue la faceta de menor importancia. La desarrolla más hacia el final de su vida y se concreta en la fundación de SUR, Casa de Estudios para el Socialismo. El pensaba que allí habría de construirse la realización de la utopía con la que él soñara.

En cuanto a su obra como historiador, habría que señalar varios hechos. En primer lugar creo que lo más impactante, al menos para mí, es una combinación muy peculiar entre una potente imaginación y un ascendido optimismo. La imaginación viene a ser el correlato a nivel más intelectual de lo que puede ser el optimismo a nivel más de sentimientos. En un país tan pesimista, tan dominado por la crisis una persona que sea optimista, que tenga imaginación es excepcional. Actúa contra la corriente e inevitablemente ve más lejos. La postura pesimista mientras tanto es una perspectiva que se agota en la crisis, en el corto plazo y que lleva por tanto a la parálisis de la imaginación. La imaginación y el optimismo se refuerzan. Tito siempre criticó al fatalismo, la tendencia a aceptar las cosas tales como son, sin incluir el sujeto, sin tomar en cuenta la posibilidad introducida por el sujeto. Esto me parece es definitivo en su obra. Muchas veces la conciencia de la crisis es un mecanismo de perpetuación de la propia crisis. El no ver salidas, el ánimo corto. El trataba de ver más allá y es esta imaginación, este optimismo lo que le permite ir un paso más allá de lo que fue la mayoría de su generación y plantear nuevas ideas, nuevos problemas.

El optimismo puede confundirse con la ingenuidad. Hay optimismos que rayan en la ingenuidad y en la simplonería. Pero éste no era el caso de Tito. Tito conocía los problemas, no en vano era historiador, no en vano siempre rescató una visión compleja de la realidad y estuvo alejado de cualquier esquematismo. Su optimismo no devenía de una simplificación abusiva sino algo diferente, de poner la posibilidad siempre por delante, de nunca resignarse, de no pensar que la fatalidad lo puede todo como es tan frecuente en nuestro país.

Otro elemento importante en su faceta de investigador es su convicción socialista. Tito era un hombre que creía en los ideales socialistas, en la igualdad, en la fraternidad en la libertad. Pensaba que estos valores deberían llevarse a la vida cotidiana y que deberían fundamentar nuestras relaciones personales.

Las virtudes que hacen a un buen profesor, no son necesariamente las que hacen a un buen maestro, inclusive sucede lo contrario. Las personas que van cuajando como investigadores, que obtienen triunfos y reconocimiento como resultado de su obra se van por lo general alejando de la docencia. Encuentran que la docencia no es una caja de resonancia de las proporciones que ellos quieren, o encuentran que no es una actividad tan prestigiosa y que no significa tanto desde una perspectiva de acumulación personal. La consecuencia es el divorcio entre la investigación y la docencia. Este no fue el caso de Tito. Lo que impidió que fuera así fue la sensibilidad para el otro, esa empatía con los estudiantes. Esta empatía implicó que Tito renovara permanentemente sus cursos y también se rodeara de estudiantes a quienes asesoraba con realmente muchísima generosidad transmitiéndoles su entusiasmo. Esta sensibilidad para el otro tiene que ver también con la capacidad de Tito Flores para descubrir y reforzar lo que las personas tienen de más positivo dentro de ellas mismas. Este factor nos explica el hecho de que fuera una persona tan querida que suscitara tanto afecto.

El optimismo, por un lado, la sensibilidad, por el otro y finalmente esta posibilidad de proyectar una buena imagen del otro explican la importancia que Tito daba a la utopía, como forma de afirmar la posibilidad y trascender el pesimismo.

Por último decía que Tito es también un organizador. Creo que fue uno de los articuladores de su generación que es también la mía, o sea de nuestra generación. Esto se refleja en la organización de revistas, participó sucesivamente en una serie de publicaciones, algunas de carácter académico, otras orientadas hacia la política. Además, fundó SUR Casa de Estudios de Socialismo. Lugar de convergencia entre intelectuales y trabajadores.

En su obra hay siete textos fundamentales. Si uno examina estos

textos encuentra ciertas líneas de continuidad entre ellos. Creo que son fundamentalmente dos. Dos temas le interesaron a Tito. El primero es el estudio de los movimientos sociales, el segundo el estudio de los intelectuales y las ideas políticas. Se trata de dos facetas de lo mismo: el cambio social. En el análisis del problema regional aparecen estas dos dimensiones: movimientos sociales, ideas e intelectuales. Tito cuando investiga el regionalismo privilegia estas dos entradas, los movimientos sociales y las clases que están detrás del problema regional y, en segundo lugar, las ideologías con las cuales estas clases sociales se articulan y se movilizan en función de ciertas demandas.

Hay que mencionar luego la perspectiva histórica, trata cómo las regiones aparecen y desaparecen, pues las regiones no son obviamente hechos geográficos inmutables, son hechos geográficos sí, pero fundamentalmente son hechos sociales. Hay regiones que se afirman, hay regiones que desaparecen, hay regiones que fueron posibles pero que en un momento posterior ya no son posibles. Como en todo problema que él consideraba tenía una visión extremadamente abierta, amplia e imaginativa, no rechazaba ninguna pregunta y trataba de incorporar todos los elementos teóricos con los que se pudiera contar.

Tito reunía una gran flexibilidad teórica con una convicción socialista muy profunda; aceptaba cualquier elemento con tal de que fuera útil dentro de una explicación. Estaba en contra de cualquier ortodoxia. Pensaba que es necesario incorporar conceptos e ideas de donde fuera y no imaginaba que estos conceptos pudieran menoscavar su convicción socialista. Como lo ha señalado Nelson Manrique, Tito creía que el compromiso político y el compromiso intelectual no eran divergentes sino al contrario, paralelos y esencialmente convergentes.